

Algo sobre el carnaval en la antigua Buenos Aires

“Vimos una negra, entrada en años, a la que creeríamos incapaz de reír en toda su vida, arrojando agua sobre cada uno de los que pasaban por la calle, como si fuera algo natural o como si le hubiera sido impuesto a manera de penitencia, conservando al mismo tiempo el más impenetrable semblante.

Los huevos llenos de agua se vendían en la calle durante el carnaval. Éste da lugar a una cantidad de visita entre los jugadores, que se reúnen en una casa favorablemente ubicada para la diversión o, lo que podría llamarse, una posición estratégica.”

The British Packet. De Rivadavia a Rosas
Periódico inglés publicado en Buenos Aires, 1826-1832

“Se cuenta del general Soler, del Coronel Dorrego y de gran número de oficiales, que allá en sus mocedades asaltaban azoteas, defendidas por lindas muchachas cuya artillería, servida por las mulatas de la casa, consistía en esos proyectiles quebradizos y en los líquidos raudales del río o de los pozos del corral. Esos proyectiles quebradizos no fueron otros que los huevos rellenos con agua más o menos perfumada. También se sabe que cierta tarde el general Lucio Mansilla, acertó con mano diestra y admirable vista un huevazo al único diente de una vieja que asomaba en ese instante por la ventana de enfrente de su casa. Demás está decir que el pobre diente le quedó colgando y que la curiosa vecina sólo pudo vengarse llamándolo bandido”.

Fermín Arenas Luque
Cómo era Buenos Aires

“Hace unos veinte años, recién llegado a Buenos Aires fui a ver un corso. La primera persona que encontré fue un ex ministro de Relaciones Exteriores que llevaba muy serio de la rienda un petiso adornado con flores sobre el que iba sentado su hijito de cinco años disfrazado de salvaje. Desempeñaba esa misión con tanta gravedad como si estuviera redactando un protocolo, y el hecho parecía a todos natural. El presidente de la República acertó a pasar en coche descubierto. Lo mojaron hasta empaparlo. El presidente, el ex ministro, el chiquilín y los espectadores se moría de risa. El mojado era ¡Domingo Faustino Sarmiento!”

Alfred Ebelot
La Pampa - Costumbres sudamericanas, (escrito en 1888)